

**Miguel DALMAU.** *Julio Cortázar. El cronopio fugitivo.* Edhasa: Barcelona, 2015. 639 pp. ISBN: 978-84-350-2735-9.

Leer 23 años después de la muerte de Julio Cortázar (1914-1984) el trabajo biográfico minuciosamente elaborado por Dalmau sobre una de las figuras más relevantes de la literatura en español de la segunda mitad del siglo XX es un excelente acicate para recordar asuntos que hoy están olvidados y que, sin embargo, constituyen aspectos centrales para entender América Latina. Toda biografía conlleva el esfuerzo por intentar comprender una vida humana concreta aportando muchas de las miradas que se han podido ir acumulando a lo largo de su existencia por parte de quienes trataron al personaje, a las que se unen las propias acciones y declaraciones de éste. Si, como ocurre en el presente caso, el sujeto vive entre dos continentes la complejidad es enorme. Además, las dos décadas transcurridas desde la desaparición de Cortázar hasta que el libro de Miguel Dalmau ve la luz son un lapso en el que han aparecido prolíficos estudios sobre el gran cronopio. Con todo ello hay que señalar que el trabajo de Dalmau es excelente, rigurosamente documentado y siendo consciente siempre de la necesidad de mantener una delicada distancia con respecto a su biografiado para tocar asuntos sensibles en su trayectoria vital como la influencia permanente del gineceo argentino compuesto por su abuela, su madre y su hermana enferma, del que tan dependiente fue a lo largo de toda su vida; o su posición contradictoria y muchas veces equívoca con respecto al peronismo.

Siendo todo ello muy relevante, quiero plantear una lectura de la obra a sabiendas sesgada centrándome en las cuestiones que más llaman mi atención por considerar que su contenido tiene un carácter más universal que trasciende a la propia figura del escritor franco-argentino en su estricto componente literario. Así las cosas, comienzo destacando el papel fundamental que va a desempeñar París, donde a su llegada en 1950 se respiran los aires del existencialismo, y que tanta incidencia tendrá en la formación intelectual de Cortázar («París es una mujer que le echa los brazos al cuello, le va aislando del mundo», p. 253), así como de toda una generación al calor de los conciertos en directo de Louis Armstrong, Duke Ellington e Igor Stravinsky; los estrenos de películas como *Candilejas* de Chaplin, *Rosbomon* de Kurosawa, *Los inútiles* de Fellini o *Un Verano con Mónica* de Bergman; y la posibilidad de conocer a Cocteau, Picasso, Sartre, Camus o Colette. Un escenario para los cronopios como el biografiado que estaban donde se reinventa la vida y se forjan los sueños más bellos (p. 227). Es desde la Ciudad de la Luz donde, como muchos otros latinoamericanos, va a descubrir su verdadera condición latinoamericana gracias a la interpretación que la intelectualidad de izquierda hace de la Revolución cubana abriendo la senda abierta por Sartre tras su viaje iniciático. Si en la primera visita de Cortázar de 1964 lo que sucede en La Habana le genera un impacto menor, sí se producirá su epifanía revolucionaria en el segundo viaje en 1967.

Por su repudio al peronismo, al que algunos atribuyeron su involuntaria contribución al desarrollo de la literatura fantástica argentina (*Bestiario*), Cortázar no parecía ser en sus primeros tres lustros de vida parisina un prototipo del compañero de viaje de la izquierda del momento. Si bien su compromiso es el de un intelectual con la libertad

(p. 166), nada hace presuponer el cambio drástico que se va a producir en su interior. Máxime que no será flor de un día como acontecerá con Mario Vargas Llosa o Carlos Fuentes, quienes terminarán alejándose del castrismo tras el asunto Padilla. Por el contrario, Cortázar se mantendrá firme y será el adalid del hombre nuevo, una figura que pergeñará en *El libro de Manuel*, así como el paradigma de un escritor comprometido fehacientemente con un proyecto revolucionario que se avivará aún más con el triunfo de la revolución sandinista en 1979. Con Nicaragua, Cortázar vivirá los últimos años de su vida «un nuevo amor y una nueva causa colectiva» (p. 546) a la que dedicará esfuerzos ingentes con viajes constantes a pesar de tener ya muy deteriorada su salud. Se trata de hacer algo que le alivie de «la jungla salvaje» (p. 496) que dice que es América Latina –a quien también llama «ese querido burdel que me está desbordando» (p. 560)– frente al agobio que le produce la dramática situación que vive Argentina y que sufre con la angustia de no poder visitar el país durante una década. Un hombre cosmopolita, finalmente, que había mantenido una agria polémica con José María Arguedas en 1969, poco antes de morir éste, al que tildó de provinciano folklórico (p. 438), para terminar sus días siendo el portaestandarte del latinoamericanismo más genuino a la vez que idílico.

Manuel ALCÁNTARA SÁEZ  
*Universidad de Salamanca*